

fugarse ninguna de las varias veces que se lo fazilitaron los indios. Conduzido por fin a Acapulco, i tratado duramente en una estrecha prision, murió de escorbuto ántes de ser embarcado.

Así se envenenaban por el gobierno de Méjico los efectos de la constitucion, que debia haber sido la garantía de mas confianza para preparar sobre ella un acomodamiento racional.

Olazábal nada pudo adelantar en su jeneralato del sur, i su teniente Aguila, al volver de su espedicion de Tehuacan para Oajaca, retrocedió cuando supo la caída de esta plaza.

Entre tanto los americanos que ocupaban la de Izúcar, la habian evacuado sin orden de Morelos. Inmediatamente dispuso el brigadier Llano que saliese a ocuparla Armijo con ostentoso aparato marcial, creyendo o afectando creer que estaba mui fortificada. Era sin embargo todo lo contrario, mas no por eso dejó de celebrarse su ocupacion con un gran triunfo. En realidad los americanos perdieron mucho en evacuarla, porque era mui importante como punto de apoyo para organizar cuerpos i reclutar jente.

CAPITULO VII.

Espedicion a Jamiltepec. Sedicion de Villagran. Hechos militares de Verduzco i Lizeaga. Desavenencias con Rayon. Batalla de Salvatierra. Ataque i evacuacion del campo del Gallo. Hechos militares del Dr. Cos. Calleja virei de Méjico. Aspecto político de aquella ciudad.

A FINES de diciembre salieron de Oajaca D. Victor i D. Miguel Bravo, a hostilizar en la costa de Jamiltepec las fuerzas españolas del distrito del sur, mandadas por Rionda i otros jefes, quienes desde luego perdieron alguna jente i pertrechos en el cerro de Tlalchichilco. Se dió otro combate mui reñido en el punto de Zacatepec, i aun otro mas importante en el paso de Rio Verde, donde los españoles fueron puestos en fuga, dejando a los Bravos el camino libre hasta Jamiltepec. Allí se les reunió la division del P. Talavera que habia ayentado de la cumbre de Santa Rosa una fuerte coluna realista. Rionda por su parte se incorporó con Paris en Omotepeque, desde donde marchó el primero para Méjico, i se retiró el segundo a encerrarse en el castillo de Acapulco. Los Bravos continuaron la espedicion hasta el pueblo de Azoyú, internándose despues hasta Chilapa, en cuyo territorio se mantuvieron hasta la toma de Acapulco, indultando con jenerosidad, i devolviendo las armas a muchos que correspondieron mui mal a esta gracia.

En el capítulo precedente se ha insinuado algo acerca de la conducta sediciosa de Chito Villagran con Rayon. Este caudillo, deseoso de atajar los escesos que cometian

los dos Villagranes i otros guerrilleros, salió a visitar los diversos puntos que ocupaban. I siendo preciso desembarazar el paso por Ixmiquilpam, donde estaba situado el español Casasola con un fuerte destacamento, quiso probar los medios de moderacion, intimando a este jefe que evacuase aquel punto sin efusion de sangre. La respuesta fué arrogante e injuriosa, en cuya vista Rayon se preparó al ataque, destruyendo ántes una emboscada de los enemigos. Los españoles metidos en el pueblo, se hallaban ya en el último conflicto, rotos i exhaustos por todas partes, cuando Rayon hizo su retirada en virtud del aviso que tuvo sobre la avenencia de abrir en Tultenango las negociaciones de que hemos hablado. Entónces fué cuando, al llegar con su escolta al pueblo de Huichapam, guarneizado por la partida de Chito Villagran, le negó la entrada amotinando la tropa i levantando los puentes. Rayon logró no ostante hazerse respetar de los sediciosos, convenziéndolos del estravío en que los ponía un jefe acusado por sus propios excesos; se dejaron desarmar, i Rayon continuó su marcha, despues de haber buscado en vano a Villagran, quien pudo evitar su arresto con la fuga.

Aquí conviene dar una breve noticia de las operaciones militares encomendadas en sus respectivos distritos a los vocales de la junta nazional, de cuya separacion por acuerdo se ha hecho mérito en el lugar oportuno. Sea el primero de quien hablemos el cura de Tusanla Dr. Verduzco, quien selló su patriotismo con muchos padezimientos, aunque como militar los resultados de sus servicios no correspondieron a los buenos deseos. Con su carácter activo, aunque áspero i obstinado, organizó en Uruapam un cuerpo de mil hombres de todas armas, supliendo los gastos con las rentas de la provincia, con las exacciones sobre europeos i americanos afectos a ellos, i con otros recursos permitidos por las circunstancias. Acompañábale de se-

cretario el canónigo Velasco, quien fué el primero de los de esta division en batirse cerca de Pazcuaro con el comandante Linares. Tuvo que retirarse al cuartel jeneral, el cual se movió para Apatzingan, abandonando algunos cañones i mucho cobre, de que se apoderó el enemigo. De Tancitaro, donde habia establecido una maestranza, fué desalojado por las fuerzas de Negrete, quien le dispersó en Aguanito; vuelto a Uruapam, tornó a ser sorprendido por el mismo Negrete, causándole mucha pérdida en prisioneros, que fueron cruelmente fusilados.

Despues de esta desgracia sufrida por Verduzco con una apatía inesplicable, aunque le era jenial, reunió en Pazcuaro hasta 2,500 hombres bien armados de varias divisiones, con los cuales marchó sobre Valladolid. El 30 de enero de 1813, campó este ejézcito a media legua de la ciudad, donde mandaba entónces el teniente coronel Linares, bien preparado a recibir a Verduzco. Este tuvo a tiempo un aviso del presidente Rayon para suspender el ataque de Valladolid hasta su llegada; pero contando con que podria triunfar por sí solo, se desentendió i llevó adelante sus planes. En esta empresa le fué mui útil para minorar las malas resultas que tuvo, la presencia del jeneral Anaya, aunque no se hizo de sus consejos el aprecio que merezian. Comenzó pues el ataque jeneral al amanecer, i se hallaba en un estado no poco ventajoso para los americanos, cuando aprovechando los de la plaza un momento de desórden causado por la repentina fuga del capitan Lubiano, hizieron una salida que decidió el combate auyentando a los sitiadores con gran mortandad hasta Oporo i Quincho. Se perdió toda la artillería, murieron mas de 200 hombres, i hubo 138 prisioneros, a quienes respetó Linares. Es de notarse aquí la circunstancia de una batería de 6 cañones de a cuatro manejados por unos niños de Uruapam a las órdenes de D. Ramoncito Arriaga, muchacho de 15 años.

Verduzco se retiró a Puruandiro; pero aun allí le sorprendió el comandante Antonelli, haziéndole 98 prisioneros, a quienes dió suelta con una jenerosidad mui mal correspondida por los insultos que, viendose libres, le hizieron desde léjos. El presidente Rayon, sensible a esta serie de desgracias, no pudo ménos de interpelar a Verduzco para que se presentase en Pazcuaro a responder a los cargos que le hizo sobre su conducta como militar, pero respetando su patriotismo. No pasó adelante este prozedimiento, por haber caido sobre Pazcuaro una expedicion de Valladolid, la cual se dirijió en seguida a Jaujilla, donde atacó al P. Navarrete. Ordenó Rayon que saliese en su socorro un grueso de tropas al mando de Solórzano. Verduzco, sospechando que este movimiento se hazia para prenderle a él i a su cólega Lizeaga, dió a este un aviso anticipado, del cual se valió para asaltar a Solórzano en la hacienda de Santa Efjenia, matándole mas de 20 hombres, i tomándole las armas i monturas: funesto arrojó que selló la deplorable discordia, cuyas consecuencias llevaron el mal hasta el extremo, segun irémos viendo.

Se habia fortificado Lizeaga en la laguna de Yurirapandaro, dando al fuerte su propio nombre, i estableziendo en él fábrica de pertrechos i cañones, tomándolo como apoyo para organizar sus planes militares. El gobierno de Méjico encargó la ocupacion de este punto a Garcia Conde, quien confió la empresa a D. Agustin de Iturbide. Para llevarla adelante, se situó en el campo de Santiaguillo enfrente de la isla. Lizeaga salió de ella dejándola encomendada al subdiácono Ramirez con casi niunguna tropa, aunque habia no pequeño número de prisioneros españoles que guardar. Estos, animados por la falta de guarnicion i por la facilidad de comunicar con Iturbide, se dieron tal maña, que allanaron la entrega del fuerte. Iturbide sin embargo hizo en él ejecuciones militares, acaso en los

mismos que le facilitaron la entrada. Sigamos aora la narracion de las expediciones militares emprendidas por los vocales de la junta i sus resultados.

Mui lastimosos fueron los del ataque de Verduzco contra Valladolid segun hemos visto. D. Ramon Rayon, de acuerdo con D. Ignacio, tomó una fuerza respetable a sus órdenes, i se encaminó a tratar amistosamente con Lizeaga para reducirle a sus deberes. Le escribió desde Acámbaro dos cartas el 9 i 12 de abril de 1813, haziéndole ver en ellas palpablemente la rectitud del proceder de su hermano, i la pureza de sus sentimientos i conducta, así como su resolucion inalterable de sacrificarse por la independenciam. Sobre esta base le exortaba i conjuraba en nombre de la patria a la concordia i a la union en aquellas críticas circunstancias, en que los enemigos empezaban ya a aprovecharse de tan funestas disensiones. Lizeaga no quiso convenzarse, i ni aun respondió a tan justas solicitudes, por mas que Rayon aguardó la contestacion en Urireo.

En vista de esto, Rayon se metió en Salvatierra, i a pocas horas supo que se aproximaba Iturbide con su coluna. Vaciló sobre retirarse o hazer frente, pero se decidió a lo segundo reflexionando que de lo contrario daria armas a la malignidad que acusaba a su hermano de intelijencias con el virei, despues de la entrevista acordada, aunque no verificada, para Tultenango. Auxiliado pues de su hermano D. Francisco, tomó sus disposiciones para el combate. Derrotada al principio por este una descubierta de Iturbide, i rechazado despues su grueso que persiguió hasta el pueblo al comandante Oviedo avanzado fuera de él, se vió solo en la plaza, por haberle abandonado los jefes de otros puntos, i formando su trozo en coluna, se retiró en buen órden, adelantándose hasta la hacienda de la Encarnacion, donde reunió unos 300 hombres, habiendo perdido 170 entre muertos, prisioneros i dispersos. Esta accion, en la cual murió el amable i

jóven oficial Fernandez de san Salvador con sus dos compañeros Galban i Fernandez de la Somera, valió a Iturbide el grado de coronel, sangriento premio de las 18 muertes de otros tantos prisioneros que fusiló en esta ocasion, i no de 300, como él se jactó de afirmarlo en su relacion. En realidad fueron 300 los americanos que fusiló en la hacienda de Pantoja, destacando partidas que recojiesen aquellos infelices paisanos i lugareños. Lizeaga se mantuvo espectador del combate en la hacienda de san Nicolas, a tres leguas de Salvatierra, observando los fuegos con el antejo. Sus soldados se impacientaban por avanzar, ya que no al socorro de Rayon, a lo ménos a apoderarse de un convoi precioso que Iturbide habia dejado en Guanajuato con una escolta mui débil; pero impuso pena de la vida al que se moviese, i sacrificó su deber a su resentimiento, granjeándose el justo odio i desprecio de los americanos.

La noticia de estas ocurrencias llegó a Méjico aumentada con los rumores de que Verduzco i Lizeaga se habian acojido al indulto, i esto animó al brigadier Castillo Bustamante a ponerse en marcha para espugnar el campo del Gallo en tan ventajosa coyuntura. D. Ramon Rayon, llamado por su hermano D. Ignacio, hizo una marcha forzada i llegó a Tlalpujahuá en su auxilio. Castillo se presentó a fines de abril sobre el campo del Gallo con 2,000 hombres i 8 piezas de artillería. Los sitiados se vieron luego con el agua cortada, i precisados a beber la de una fosa, mezclada con la sangre de los cadáveres españoles hundidos en ella de resultas de un combate que se dió en su inmediacion. Resistieron un asalto de mui vigoroso empeño, i acosados al fin por los últimos estremos de la sed, tuvieron que pensar en salir del campo con la menor pérdida posible. Se hizo la retirada en el silencio de la noche, i no la hubiera sentido el enemigo a no habérsela avisado la esplosion de la pólvora, cuyo incendio dejaron preparado. Rayon se retiró a Zitácuaro, i yéndole Casti-

llo a los alcances, se internó hasta Tusantla, de donde se separó con 17 hombres de escolta, i marchó al Bajío, a fin de organizar una nueva division. Su hermano D. Ignacio se dirijió a la provincia de Valladolid. Tales fueron los tristes resultados de la disidencia entre los principales jefes. Verduzco i Lizeaga aun intentaron atraer a su partido al viejo Villagran, i este procuró tambien ganar a Osorno; pero los buenos oficios del viz. Bustamante por medio de cartas i un manifiesto, atajaron el mal, persuadiéndolos a permanecer tranquilos hasta la instalacion del congreso, que estaba preparando Morelos.

Resta aora dar alguna noticia de las acciones militares del Dr. Cos, que obró en ellas como segundo de Lizeaga, a pesar de estar desempeñando el cargo de vicario jeneral castrense. Este eclesiástico para todo tenia un temple felicísimo; amaba el orden i era militar por jenio. Situado en el memorable pueblo de Dolores en compañía de D. Fernando Rosas, organizó i disciplinó un respetable cuerpo de infantería. No contento con estar en observacion de la plaza de Guanajuato segun las órdenes de su jeneral, la atacó el 17 de febrero apoyado por el brigadier D. Rafael Rayon, i por el coronel Garza. A las 4 horas de fuego, puesta por los enemigos bandera parlamentaria, les intimó la rendicion bajo planes de acomodamiento con término de tres horas. Se prolongó la respuesta por parte de los sitiados hasta el dia siguiente, pretestando que se habia convocado una junta plena de autoridades; i al fin sobrevino el coronel Castro destinado para batir a los americanos, quienes le pusieron en grande apuro, aunque tuvieron que replegarse a cubrir el cuartel jeneral, sabedores de que Iturbide marchaba tambien sobre ellos por la vía de san Miguel el Grande. Desde fines de abril se vió ademas perseguido el Dr. Cos por el teniente coronel Bustamante, i refugiado desde luego en la sierra de Guanajuato, se retiró a la villa de Leon. Entónces volvió

Bustamante a la de san Felipe con la mira de fortificarla bajo las órdenes del marques del Jaral; pero el 25 de junio le mandó este jefe salir en persecucion de las partidas americanas de la sierra de Guanajuato. Al regreso de esta expedicion fué derrotado i muerto con seis oficiales por D. Matías Ortiz, llamado el Pachon, que militaba a las órdenes del Dr. Cos. Con esto se levantó el destacamento de san Felipe i se puso otro de avanzada en san Bartolo cerca del Jaral, que tambien fué sorprendido a fines de julio por el mismo Ortiz.

Antes de volver a hablar de los planes que meditaba Morelos despues de la toma de Oajaca, concluirémos este capítulo, pintando el aspecto político que presentaba Méjico en aquellos dias. En 4 de marzo de este mismo año tomó posesion del vireinato el jeneral Calleja por decreto de la rejencia de Cadiz. Se entregó sin reserva a la direccion i consejos de su secretario Villamil, del canónigo Beristain i del capitan Poeta Roca. En la proclama que dirijió a los mejicanos aseguró: "que la patria por su espontánea voluntad le habia confiado las riendas del gobierno sin solicitarlo él ni poderlo esperar, i cuando se hallaha libre de toda ambicion i envidia." Declamaba contra la guerra i sus estragos, i añadía: "que nada puede justificar a los revolucionarios despues de publicada la constitucion, de la cual hazia un pomposo elogio, acusando la corrupcion i perfidia del tiempo en que peninsulares i ultramarinos, todos eran esclavos." En cuanto a la verdad de lo primero, basta recordar lo que ya se ha dicho de las juntas i planes que se fraguaban en su casa para suplantar a Venegas; i en cuanto a lo segundo, no se pasó un año sin verse cuan poco sincero era Calleja en los elogios de la constitucion, pues apenas supo que el rei no la habia jurado, cuando sin tener órdenes para ello, la derribó, volviendo de un golpe a los mejicanos al mismo estado de esclavitud, de corrupcion i perfidia anterior al sistema cons-

titucional, i que tanto afeaba él mismo en su proclama. En seguida se publicó en la gazeta el estado de las causas despachadas por la audiencia en los tres años anteriores, i resulta: que el número de las causas llegaba a 9,080; el de los reos a 14,835; el de los condenados a muerte a 12; a presidio 530; a obras públicas 1,592; a cárzel 349; a la casa de recojidas 1,116; a destierro 30; a hospicios 14; al servicio del ejército 2,786; al de marina 600; puestos en libertad 6,743; indultados 1,063. Pero en este recuento no están incluidas las causas de la junta de seguridad, cuyo número, durante los años de 1811 i 12, fué por lo ménos quintuplicado sobre las de la audiencia, sin contar las actuaciones e innumerables castigos que los comandantes militares ordenaban sin tela de juicio i de propia autoridad. A los nueve dias de instalado Calleja en el vireinato, lo fué en la silla metropolitana de Méjico el señor Bergoza, cuando apenas habia descansado de la peregrinacion que emprendió abandonando su iglesia de Oajaca al aproximarse Morelos a aquella ciudad.